

Fuente: Revista El Obrero, II Época, N° 2, enero 1963.

## Uturunco y las Guerrillas en la Argentina

Por Emilio Morales

Este trabajo fue publicado por primera vez en un folleto mimeografiado, editado por los "Círculos de Estudios Sociales Luis Recabarren", en junio de 1963. Fue redactado en base a una serie de entrevistas mantenidas por el autor con integrantes del destacamento de Uturunco, y a las noticias publicadas por todos los diarios de la capital, en los días en que ocurrieron los hechos aquí relatados. Las sugerencias y críticas de esos militantes, respecto de aquella primera edición, ha motivado algunas variantes en la redacción de la presente nota. Lugares, nombres propios y fechas, son a menudo omitidas, a fin de no proporcionar datos que puedan perjudicar a los protagonistas de estos sucesos.

Al comienzo de la primavera de 1959, un grupo compuesto por veinte personas, todas ellas entre los diecinueve y los treinta años de edad, armados con una docena de fusiles de repetición, una ametralladora Pam y algunos revólveres calibre 45, se instalaron en las cercanías de los cerros Cochuna y El Calao, ubicados sobre el extremo noroeste de la provincia de Tucumán. Además del escaso armamento, el grupo poseía un aparato capaz de algunas transmisiones radiales, cuatro carnos, un equipo completo de primeros auxilios y bastante material cartográfico referente a la zona que ocupaban. El lugar elegido presentaba, a juicio de los ocupantes, dos ventajas fundamentales: los alrededores aparentemente deshabitados y un arroyo. Además un acceso dificultado por una tupida maraña, que más arriba se transforma en bosque.

Los primeros días de la llegada del grupo, se comenzaron a desarrollar tareas de exploración, tendientes a dejar transitables algunos sitios perfectamente vigilables y a descubrir las particularidades del terreno próximo al lugar. También se organizó un plan de entrenamiento militar, además de dejar ya definidos los medios para establecer un contacto permanente con la ciudad de Tucumán y algunos

pequeños vecinos. Por otra parte, desde los primeros momentos se cumplieron en el interior del "campamento" tareas de carácter político, limitadas en discusiones colectivas sobre problemas militares y políticos. Se disponía también de un mimeógrafo para edición de volantes, pero no se usó en los primeros días.

Las discusiones que se mantuvieron en las dos horas que mediaban entre el toque de queda, a las siete de la tarde, y la orden de dormir, a las nueve, permitieron descubrir desde el principio las profundas discrepancias de orden no sólo táctico, sino también estratégico, político, ideológico, que convivían en el campamento.

Decididos a la lucha armada por motivos diversos, políticamente extraños el uno al otro, no puede sorprender el hecho de que fuese difícil establecer allí una disciplina adecuada a los fines propuestos, y que imperdonables imprudencias sienaran la tarea del grupo. Con el transcurso de los días, las divergencias y la indisciplina fueron agrandándose, escapando al control que podía ejercer la cabeza visible del movimiento, un hombre joven, alto, a quien se había convenido en llamar "Ururuncó".

Un análisis de la composición del grupo —que ya insistía en autodenominarse guerrillero— podría aportar algunos elementos de juicio valiosos: predominaba en él la pequeña burguesía urbana, los estudiantes, y la clase obrera era representada escasamente por tres personas. Mucho más heterogéneo aún era el pasado político de cada uno de ellos. Imprecisamente, sin embargo, podrían denominarse "peronistas", simpatizantes de la revolución de Fidel Castro en Cuba, anti-intervencionistas y vagamente populistas en cuanto a las soluciones a imponer al país.

Pues a ello, el caso es que estas personas constituían la avanzada de un grupo mayor de ciento cincuenta, cuyos propósitos eran el derrocamiento de Frondizi, la anulación de los contratos petroleros, la vuelta al poder de Perón, la entrega de la CIGY a los obreros y, en general, toda la difusa serie de planteamientos del peronismo y la izquierda en los días citados.

El resto de esas ciento cincuenta personas, ya que sólo veinte integraban el grupo combatiente, colaboraban en el organismo responsable del envío de los víveres, las informaciones y los contactos políticos. El grupo armado tenía, por ese entonces, un solo contacto con el exterior a fin de dejar el menor margen de posibilidades a las filtraciones y los peñales gratuitos.

El hecho de que se eligiera la fecha citada y no otra para el esta-

blecimiento del grupo armado en la zona de Cochuna, trascendió al plan que señalaba la apertura de dos frentes más, luego de las primeras operaciones de "Ururuncó". ("Frente norte", en idioma quechua. Ambos frentes de lucha armada debían abrirse en zonas cercanas a Tucumán. Estarían comandados por una persona a quien se denominaba "Puma". En espera de esos acontecimientos, y a los pocos días de llevado el grupo a Tucumán, se realizaron las primeras "marchas forzadas" y otros ejercicios militares, incluyendo tiro.

El contacto con la ciudad de Tucumán fue desde el principio difícil, aun en esos días en que poco podía temerse. La organización encargada de suministrar víveres e informaciones demostró no ser lo suficientemente ejecutiva ni estar correctamente centralizada bajo un comando único, por lo que la espontaneidad y la buena o mala voluntad de algunas personas, ponía en peligro no sólo la regularidad del suministro de víveres sino también la seguridad personal de los militantes. Pese a ello, el contacto con Tucumán y Santiago del Estero se mantuvo, funcionó, fue útil en la tarea encomendada.

La delación, sin embargo, fue uno de los fantasmas que acosaron con más asiduidad al grupo de Ururuncó. Con de las infinitas variantes de posición dentro del movimiento peronista, el grupo no podía dejar de sentirlos en su propio seno. Esta necesidad creó no pocas dificultades y entorpeció desde el comienzo la disciplina combatiente.

El balance de los primeros días, realizado por Ururuncó y un grupo de cuatro personas, arrojó como hecho favorable solamente la concreta existencia del grupo armado y su voluntad de combatir. "Lo demás lo arreglaremos en poco tiempo más", se dijo, en la esperanza de que las relaciones con la dirección del peronismo se normalizaran definitivamente.

La tranquilidad relativa —no se habían producido choques con la policía que, al parecer, no estaba informada de la existencia del grupo armado— permitió, con muchos tropiezos, terminar con el programa de instrucción militar previamente trazado y de exploración de la zona.

Por propia cuenta entonces, y en vista de que los otros grupos no habían siquiera tomado posición, el comandante Ururuncó decidió dar comienzo a la lucha. "El primer combate contra el gobierno de Frondizi organizado de manera militar revolucionaria", se dijo entonces.

Logro de discutir durante tres noches con algunos militantes de Santiago del Estero, se eligió como blanco la comisaría del pueblo de Erlas, a varios kilómetros de Tucumán. El objetivo señalado era aumentar la provisión de armas y proclamar, con un hecho concreto e

irreversible, la existencia de un destacamento revolucionario que comenzaba ordenada y militarmente, su tarea de derrocar al gobierno de la burguesía.

Se procedió a designar la tarea de cada uno de los militantes, se fijaron los pasos a dar, uno a uno, y se comenzó la acción. Por su importancia, por su acción físicamente guerrillera, la primera batalla debía, forzadamente, llamar la atención de todos los revolucionarios del país. En la noche del día 23 de diciembre de 1959 comenzó el desplazamiento. El 24 al amanecer, un grupo de hombres se anodó de un camión en el camino que une Tucumán y Santiago del Estero. Esa misma noche, tres oficiales de la policía santiaesueña levantaban las manos ante una ametralladora Pam y, sobre todo, ante el orden y la disciplina de veinte hombres uniformados bajo la siera que lucían las mangas de sus camisas: (MPL), Movimiento Peronista de Liberación.

II

Es fácil recordar que, entre otras cosas, el año 1959 —desde sus primeros meses— se caracterizó por el recrudecimiento de una verdadera ola de atentados, efectuados la mayor parte de ellos por grupos aislados, o aun por terroristas individuales. Fue un movimiento de gran importancia, en el que intervino una apreciable cantidad de militantes armados, débilmente o de ninguna manera conectados entre sí. La mayor parte de los militantes que intervino en este tipo de acciones cayó poco después en manos de la Policía o del Ejército, lo que habla de la debilidad de su organización y métodos. Incluso no es fácil deslindar concretamente todavía, los actos de terrorismo urbano ejecutados por motivos políticos, de las provocaciones policiales. De cualquier manera, fue un hecho político concreto, que ejerció indudable influencia sobre los acontecimientos posteriores. Lo que se hizo público de los juicios "conintes" a que fueron sometidos estos militantes, sirve para medir el grado de organización de los mismos, y también para definir la importancia política que tuvo el terrorismo, en ese momento el signo político descolante que rodeó la acción del destacamento de Ururuncó.

Una crítica general a la forma en que fue encarado este tipo de acción, deberá detenerse en la mera enunciación del defecto principal que padeció, capaz de hacer obvias otras críticas: la falta de un verdadero objetivo práctico en esta actividad. Es decir, el terrorismo

ejercido como arma de protesta, no de subversión. Esto explica el hecho de que muchos atentados carecieron de objetivos políticamente lógicos y se transformaron en dañinas reediciones del anarquismo.

Sin embargo, puede señalarse la existencia de por lo menos cuatro organizaciones insurreccionales que, por la cohesión organizativa que demostraron en los hechos, merecen ser tomadas en cuenta, para una revisión de los acontecimientos.

Una de ellas, actuó en Mendoza comandada por un ex oficial del ejército peronista, Cirio Alzamada, actualmente prófugo. Otra en la Capital Federal y alrededores, desperdigada y trabajada por múltiples células políticas y aun por la inteligencia policial. Una tercera actuó en Córdoba, compuesta por un crecido número de militantes y dirigida por el último secretario de la Alianza Libertadora Nacionalista en esa provincia, luego del golpe de 1955. Tuvo a su cargo el incendio del depósito de nafta de la Shell Argentina, en la localidad de Alta Gracia. Ardieron tres millones de litros de nafta, justo en el momento en que el país estaba convulsionado por los contratos de concesión firmados por el gobierno frondizista con las empresas norteamericanas. Por último, el grupo de Ururuncó, que despertó la atención de la mayor parte de los revolucionarios del país y constituye, a nuestro entender, un intento de poner en práctica la enseñanza de la revolución cubana sobre el problema de la lucha de guerrillas y el apoyo campesino a la misma.

Cabe señalar que detrás de cada uno de estos grupos, se encontraban las disidencias que operaban dentro del peronismo. John William Cooke parece ser la cabeza visible de aquellos que creen en la lucha armada como única salida revolucionaria en el país. La lucha de este dirigente contra la dirección de su propio partido, es el episodio que emmarca y termina por definir el movimiento de Ururuncó y el terrorismo urbano. Cada uno de los triunfos parciales de Cooke sobre el ala derecha del peronismo, se transforma en un triunfo —y en nuevas acciones— de los elementos más radicalizados de ese partido. No nos parece casual que a su derrota política, haya seguido la detención del "extremista" John William Cooke. Pero si nos parece significativo que haya sido él uno de los pocos presos políticos que en la Argentina organizaran una evasión, y la llevaran a cabo.

A partir de fines de 1959, cierta izquierda coesizó a dar muestras de interés por la acción terrorista del ala obrera y pequeño burguesa del peronismo. Hechos como el de la calle Garcón, hablan de que

imprimió a cada una de las acciones en que intervino el inevitable matiz aventurero y oportunista.

De cualquier manera, y como conclusión, puede decirse que fue el terrorismo urbano, y las guerrillas en Tucumán, junto a la lucha gremial y la implantación de los juicios "Coministas", lo que marcó el fin de la "ilusión frondista".

Es importante decir que el grupo comandado por Usturunco fue el que con mayor consecuencia se propuso la tarea de unir al movimiento insurreccional con las luchas que la clase obrera libraba en el campo gremial en esos días. Este principio lo distingue muy bien de la maraña ideológica que define el movimiento terrorista de la época, y le otorga una importancia política cuya trascendencia es incuestionable. Las ligaduras profundas del grupo Usturunco con los sentimientos políticos y las aspiraciones de la clase obrera, tampoco pueden ser puestas en duda. El intento revolucionario, por otra parte, no admite otra razón de existencia. El hecho concreto de que el sector más clasista, más definido del movimiento obrero peronista haya participado de manera activa en el intento de Usturunco, nos libra de narrar detalles que apoyen aquellas premisas.

Sin embargo, es justamente en el aspecto ideológico, que luego se refleja en otros planos, donde deben buscarse las causas de la derrota de Usturunco. No, es claro, en sus principios tácticos, que siguen vigentes hasta tanto otra táctica y otra estrategia le sea opuesta, dejó el punto de vista de la necesidad de crear una táctica insurreccional y una estrategia revolucionaria. La creación de esa táctica y de esa estrategia continúa siendo, y no sólo en el terreno de la organización de la lucha armada, el problema de los problemas para la clase obrera argentina.

III

Algunos hechos anteriores a la creación del grupo Usturunco, sirven para perfilar mejor a los militantes que lo integraron. La casi totalidad de ellos nació y vivió sus primeros años en zonas obreras del Gran Buenos Aires. Tres de ellos, hasta el momento de incorporarse a la guerrilla, eran operarios de un establecimiento metalúrgico de San Martín, provincia de Buenos Aires. El resto, estudiantes que habían abandonado sus carreras por motivos políticos, luego de la caída de Perón. Cinco de estos militantes habían debido huir a Bolivia, en 1956. Políticamente provenían de las filas de la juventud peronista, de la Alianza Libertadora Nacionalista, y, en dos casos, del Partido

38

GR

Socialista de la Revolución Nacional. Dentro de lo que se denominó movimiento peronista, estos jóvenes forman parte de la fracción dirigida por John William Cooke, quien fue desde el comienzo el principal sosten político de la organización armada y uno de sus principales propulsores. Sin embargo, la idea concreta de la creación del grupo armado que actuara en esa precisa zona de Tucumán, pertenece al mismo Usturunco, como así también la organización de los pocos golpes que pudo dar. Es señalable el hecho de que, hasta que el destacamento estuvo instalado en la zona de Cochuna, se buscaron insistentemente contacto con algunos grupos de izquierda, entre ellos, el Partido Comunista.

Son ilustrativas, para una total clarificación de la extracción política del grupo, las declaraciones formuladas al autor de esta nota por uno de los militantes que integraron, desde el comienzo hasta el fin, el grupo de Usturunco. Las transcribimos textualmente:

Pregunta: —¿Qué experiencia revolucionaria tenía usted cuando ingresó al grupo de Usturunco?

Respuesta: —Ayudé, junto con otros compañeros que también integraron después la guerrilla, en el caso del Frigorífico Lisandro de la Torre. Yo siempre fui peronista, pero no de esos que se llenaron la panza antes del 55 y después se metieron debajo de la cama. Yo ingresé al grupo porque creí y sí creyendo que la única manera de devolverle el gobierno al pueblo... es esa.

Pregunta: —¿Ustedes eran anticomunistas?

Respuesta: —Lo único que queríamos era terminar con los gobiernos de la oligarquía. Yo, personalmente, he sido anticomunista nada más que cuando era pibe, por el asunto de la religión. En Tucumán, yo les dije a los compañeros que si los comunistas nos ayudaban teníamos que aceptar... (esa ayuda). Pero me dijeron que ya se había hablado con ellos en Buenos Aires y que decían que nosotros éramos unos locos o policías.

Pregunta: —¿La disciplina entre ustedes, era satisfactoria?

Respuesta: —No... y por eso se fue todo al diablo. Todos hicieron, hicimos, alguna macana. Puede ser que eso sirva de experiencia.

El semanario "Atipografía", en su número de enero de 1959, se ocupó del movimiento de Usturunco. Un reportaje, ilustrado con algunas fotografías, contiene lo que puede llamarse el ideario del grupo. Confuso, inficionado de lugares comunes, el reportaje da cuenta de que Usturunco y los suyos luchan, del único modo posible dada la repre-

39

nión policial antiperonista, por el retorno de Perón al poder. Esto es, por el programa concreto de reivindicaciones de la clase obrera: terminar con la intervención militar en los sindicatos, romper el cerco que la burguesía y el imperialismo habían tendido en torno de las conquistas sociales. Se desprende del reportaje algo que ya hemos apuntado: los contactos con la burocracia gremial son improductivos y parciales, y la jerarquía peronista nada tiene que ver con el grupo armado. Inchoa, Usturunco empieza a tentar la posibilidad de una lucha política frontal por la dirección del movimiento peronista.

Lo fundamental del planteamiento político y estratégico de Usturunco y los suyos, no aparece claro en el mencionado reportaje. El rasgo decisivo es, sin duda, el intento de establecer en una zona campesina, un centro de subversión armada. Un foco insurreccional en permanente combate, cuya táctica sean las luchas parciales contra fuerzas aliadas del ejército, y su estrategia la destrucción del aparato represivo. Es de creer que el contacto de los grupos que ejercían el terrorismo urbano, y los guerrilleros, fue también esporádico y anecdótico, más que orgánico. La jerarquía peronista impuso sobre estos hechos una especie de "cuarentena del silencio". También los partidos de izquierda. Algunos dirigentes medios del peronismo, al principio comprometieron su apoyo al intento, pero bastó a veces la insinuación de la jerarquía, y otras la fuerza de la represión, para que este apoyo se disolviera en la nada. Otra de las características definitorias del intento fue la búsqueda de entroncar de alguna manera la lucha armada con la labor de los sindicatos. Es decir, unir las luchas parciales de la clase obrera con la idea de la subversión armada.

El ala derecha del peronismo, más coherente consigo misma, derrotó en su seno a los partidarios de la insurrección, probando una vez más, que los marcos del peronismo son estrechos para los revolucionarios.

De ahí que los restos del grupo de Usturunco, y en general el sector ideológicamente más revolucionario del peronismo, se mantenga en la actualidad inoperante, y —en mérito a la objetividad hay que señalarlo— no tenga dentro del peronismo una influencia destacable. Es posible afirmar, sin embargo, que a medida que se vayan delineando con claridad los problemas ideológicos de la clase obrera, estos militantes de probada fidelidad al pueblo encontrarán su lugar en la lucha.

Si bien es cierto que la jerarquía peronista apoyó en principio a algunos grupos de terroristas urbanos, no es menos cierto que sujetó a éstos a la realización de acciones esporádicas, útiles sólo para ser empleadas como chantaje ante el gobierno, para conseguir cierta legalidad

40

al movimiento peronista. Cualquier intento —y lo hubo, por ejemplo en el caso de Ahumada en Mendoza— de ligar la acción terrorista a objetivos políticos inmediatos, y a las luchas generales de la clase obrera, fue cortado de plano. Por su parte, la izquierda se mantuvo alejada de este tipo de lucha. Es más: llegó a editar —en el caso particular del Partido Comunista— un folleto en el que se explica que "los comunistas no se proponen destruir el ejército y las fuerzas armadas", y que, por el contrario, son los defensores más consecuentes de la Constitución y el orden. Dicho folleto, firmado por Guárdice y otros dirigentes de ese partido, es una presentación ante la Corte Suprema en defensa de su legalidad.

El más ligero análisis de las dos posiciones —la de Usturunco y los suyos por un lado, y la de la izquierda por el otro— establece con claridad quiénes juzgaron de una manera más clara el momento histórico del frondismo.

IV

"El oficial Benegas declaró que los asaltantes actuaron con mucha precisión y serenidad, y que parecían conocer las oronas de un involucro auto, ruano, de buena presencia, a quien uno de aquellos se dirigió exclamando: «Comandante Usturunco, la operación está cumplida». La epítoca puercana en la primera página del diario "La Prensa", del 20 de diciembre de 1959, comienza más adelante que "los asaltantes" destruyeron todos los cables y las instalaciones de comunicación, varios aparatos de transmisión y otros enseres. Se apoderaron de 3 pistolas reglamentarias; 6 revólveres calibre 38, 500 proyectiles y la suma de 700 pesos que se hallaban depositados en la comisaría. También bajado de un camion y luego de robar el edificio de la comisaría, habían penetrado en ella algunos de pistolas y de una ametralladora. Según las declaraciones policiales, los asaltantes sumaban más de 100 (en realidad eran 10). Una vez efectuado el saqueo, que duró en total menos de quince minutos, los peronistas se retiraron, dejando a los tres oficiales y al cabo de cuarto encerrados en un calabozo. Luego, dejaron alambicar el camion, del que se habían apoderado horas antes, se internaron en la selva.

El ataque se había producido a las 2:30 del día 25. Recién a las 6, una patrulla policial comenzó a seguir los rastros de los atacantes. Después de varios días, uno de los guerrilleros declaró que habían seguido perfectamente los movimientos de la policía en la selva, y que se había resuelto no liquidar a la patrulla, "porque eso no hubiera agruppado brillo a la acción". A las 9 de la mañana llegaba a la co-

41

minaría de Frías el gobernador de Tucumán. Poco más tarde, su colega, el de Santiago del Estero. Se dispuso que la Policía Federal y los servicios de inteligencia del Ejército iniciaran de inmediato la investigación del inquietante suceso. Esa tarde, crecieron en todo el país los rumores de que "una gran fuerza guerrillera operaba en el norte, que habían tomado ya Salta, Jujuy y Tucumán y que se preparaba a seguir la marcha".

El golpe planeado por Uturuncu había resultado un éxito completo: los guerrilleros habían actuado bien, demostrando —además de seriedad— un perfecto conocimiento del terreno. Políticamente, se iniciaban las acciones despertando la expectativa en todo el país. La acción señalaba también la impostergable necesidad de pasar a otra etapa operativa y de organización. Ahora sí debían entrar en acción los grupos comandados por Rama al noroeste de Tucumán, "Alaska" en Salta, "Nazareno" en Santiago del Estero y "Moro" en Jujuy. Se iniciaba, al parecer, el nacimiento de las verdaderas guerrillas en todo el norte del país.

**REACCIONES**

Como era de esperarse, la exitosa acción de Uturuncu despertó la polémica en los partidos políticos. Estos reaccionaron de maneras muy dispares pero coincidentes todos en la posición tinal ante Uturuncu y los suyos: la condena expresa en algunos casos, y emboscada en otros.

La jerarquía peronista se mostró muy alarmada por las características que había tomado el asunto. No en vano, meses después, el organismo superior peronista negó rotundamente, mediante una declaración pública, toda responsabilidad sobre las acciones insurreccionales —haciendo el juego a las acusaciones de los fiscales militares contra los militantes detenidos— y admitió que el de Uturuncu y otros grupos armados profesaban ideologías extrañas a la tradición cristiana de nuestro movimiento, aprovechando de paso para dejar bien sentado su fervoroso anticomunismo.

En cuanto a los grupos más representativos de la izquierda, mantuvieron en su prensa un recatado silencio en torno a los sucesos. Entre tanto, sus dirigentes recurrían a la técnica del "basso voce" para dejar traslucir su desprecio y su desconfianza por el grupo de Uturuncu y, en general, contra quienes planeaban la necesidad de organizar la lucha armada para derrotar al gobierno.

Conviene ahora recordar como Vladimir Ilich Lenin analizaba un

suceso que, sin intentar establecer un paralelo absoluto, tiene muchos puntos de coincidencia con el fenómeno de Uturuncu. En abril de 1905, un grupo de obreros rusos decide emprender la lucha armada contra la autocracia, expresando en una declaración:

"La U.E.R. (Unión para la Emancipación de Rusia) no es un partido cualquiera, con un determinado programa, propio y exclusivo suyo, sino más bien una organización de cuantos aspiran a arrebatarse el poder de manos de la autocracia para entregarlo al pueblo, por medio de la insurrección armada y mediante la convocatoria de una Asamblea Constituyente."

Lenin escribe entonces:

"Sería un caso de doctrinarismo imperdonable el que los social-demócratas adoptasen ante los obreros «partidistas» pertenecientes a estos grupos una actitud de altanería o de desprecio. Querremos prevenir muy especialmente a todos los miembros del partido en contra de estos errores, que pueden llegar a darse, teniendo en cuenta sobre todo que vuelven a dar señales de vida en las filas de la social-democracia el economismo de triste memoria y la estrecha concepción de nuestras tareas a través del prisma de la política seguidista. Hay que hacer todos los esfuerzos para establecer entre estos grupos y las organizaciones de nuestro partido un intercambio de servicios, para lograr armar al mayor número de obreros posible. Hay que mantener una actitud extraordinariamente prudente, llena de tacto y de camaradería, hacia los obreros que están dispuestos a dar su vida por la libertad, que se organizan para la lucha, que simpatizan sin reservas con la lucha proletaria, y que sólo se hallan separados de nosotros por el hecho de que aún no profesan la ideología social-democrática, abrigan prejuicios en contra del marxismo y, algunos de ellos, se mantienen todavía aferrados a tales o cuales concepciones revolucionarias anticuadas. Nada más fácil que romper inmediatamente con estos obreros que no coinciden con nosotros, o apartarse sencillamente de ellos; nada tampoco más estúpido."

Finalmente, recomienda Lenin:

"No silenciar en ningún caso las ideas social-democráticas, pero sin mirar tampoco por encima del hombro, en ningún caso, a los grupos revolucionarios que no comparten esas ideas."

(V. I. Lenin: "Una nueva organización revolucionaria", Obras Completas, tomo VIII, Edit. Cartago, Buenos Aires, 1959).

No hay duda que la cita es extensa, pero bien vale la pena, ya que las similitudes entre los dos casos son evidentes. La UER sostiene, como aquí Uturuncu, una independencia de hecho, de los partidos. Ambos "abrisen prejuicios en contra del marxismo", y se mantienen "aferrados a tales o cuales concepciones revolucionarias anticuadas". En cuanto a la "estrecha concepción" de las tareas de los marxistas, "a través del prisma de la política seguidista", las comparaciones se establecen por sí mismas.

Por otra parte, si se acepta como premisa el hecho de que la toma del poder plantea a la clase obrera argentina y a su vanguardia, la necesidad de organizar la lucha armada, cabrá dedicar una preferente atención a todo grupo que se encamina en ese sentido. No fue esa, ni por asomo, la actitud adoptada por la izquierda, frente al fenómeno de Uturuncu. Por el contrario, o lo ignoraron o lo combatieron directamente. Era mucho más sencillo volver a editar una declaración llamando a "la unidad contra la entrega del petróleo" y el "respeto de las libertades democráticas".

**VI**

Nuevamente se hace útil transcribir los comentarios que el miembro del grupo Uturuncu, antes citado, hace sobre los episodios que protagonizó:

Pregunta: —Según se desprende de lo ya conversado, las disidencias ideológicas entre ustedes eran completamente insalvables. ¿Eso influyó en la disciplina?

Respuesta: —Seguro. Si yo volviera a participar en un grupo guerrillero, proponería antes que nada que una vez con los fusiles en la mano, no hablaríamos más de política. Esto es importante. Por estar discutiendo, muchos compañeros se negaron a entrenarse como correspondía a un guerrillero, y otros no quisieron entender que no se podían alzar del campamento, y menos ir a la ciudad. Así no se puede hacer nada. Además, estábamos organizados en que se iban a "largar" otros grupos, pero no pasó nada.

Pregunta: —¿Ustedes pensaron imitar la táctica de Fidel Castro en Cuba?

Respuesta: —Al principio, sí. Estábamos entusiasmados con ese asunto, y Juan nos había hablado mucho de cómo se hicieron allí las cosas. Si hasta llamábamos "comandante" al compañero... Lo que queríamos es que se fueran viniendo con nosotros otros compañeros de la ciudad, y mantener la moral y la disciplina.

Le aseguro que, si no es por eso de la falta de apoyo y las discusiones, en Tucumán empezaba entonces la verdadera revolución argentina...

Esta conversación, registrada de manera extenua, dejó claro para el autor de la nota que la orfandad política en que se movió el grupo, no era un problema menor. Como conclusión, caída de su propio peso, puede anotarse así que, hasta último momento, la dirección del grupo creyó en un posible apoyo de la jerarquía peronista.

Pregunta: —¿Mantuvieron contacto con algunos gremios, y recibían alguna clase de apoyo de los dirigentes gremiales?

Respuesta: —Teníamos contactos, sí, pero muy débiles, porque no eran directos, sino a través de un montón de gente. Otros cuantos y yo mismo queríamos ir a un ingenio, para quemarlo y darles leonardada a los obreros, pero eso no les pareció correcto a los de Tucumán, así que no pudimos hacer nada. Hablamos también con otros compañeros gremialistas de Córdoba, en Santiago, y les dijimos que si a ellos les parecía bien y nos ayudaban, podíamos hacer un buen lío en Córdoba, por el asunto del petróleo. Al poco tiempo fue que incendiaron la Shell. Si hubiéramos podido trabajar junto con los dirigentes gremiales, todo hubiera sido mejor y más fácil... Pero me parece que no era el momento.

La cosa es que no todos los gremialistas eran gente segura, y eso que eran todos peronistas viejos. Después de lo que pasó, yo no le voy a ocultar que creo que, si somos nosotros, por ejemplo, los que tienen el fusil en la mano, lo que nos hay que hacer es demostrar que tenemos fuerza y razón. Así, no habría dirigentes gremiales blandos ni politiseros, o que anden compadreando sin... eso. Alguna vez se hará, yo estoy seguro, Dios quiera que sea pronto.

Tal vez convenga recordar ahora que a fines de 1959 la izquierda argentina salía recién de un letargo de considerable duración: la llamaba "ilusión frentista". El camino de la lucha armada era planteado de manera tímida o de ninguna otra, por sus integrantes. Sin embargo, se había producido ya, un año atrás, el aplastamiento de la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre, se habían firmado los convenios petroleros, el alza del costo de la vida era notable, la ofensiva contra las comunistas obreras y la intervención estatal de los sindicatos estaba en plena vigencia, se había encarcelado a cientos de dirigentes gremiales, se había clausurado a la prensa de la propia izquierda.

Al mismo tiempo, Fidel Castro y los suyos habían demostrado —con hechos concretos— la necesidad de luchar por la democracia, la libertad, la independencia nacional, utilizando la insurrección armada, oponiendo la violencia a la violencia. Claro que hasta muy poco tiempo atrás cierta izquierda había calificado a Fidel Castro como "aventurero con suerte".

A los combatientes de Utrunco, no prestados con la distancia ni con ningún hecho de resonancia internacional, ni siquiera se los tenía en cuenta en los análisis de la realidad política del país. Es que aún había concejales en la comuna, para protestar contra los "atropellos a la libertad de prensa, de reunión, de asociación". Es la misma época en que se suspenden los actos de hostilidad a Eisenhower cuando visita el país, porque el presidente norteamericano viene de Camp David, de "contribuir a aliviar la tiranía de la guerra fría".

No poco mérito corresponde al grupo de Utrunco, al haber emprendido el camino opuesto a este tipo de actitudes. Muchas fallas pueden reprocharse a sus militantes, menos la de haber sido fieles a su vocación revolucionaria. Estas fallas que se señalan, suelen ser usadas por cierta gente que insiste en autodenominarse marxista, para desprestigiar la idea de la creación de un foco insurreccional en el interior del país, idea ésta que presidió cada uno de los actos del grupo de Utrunco y de cuya justicia histórica estamos convencidos.

Ha transcurrido desde entonces poco tiempo, pero las condiciones políticas permiten ahora apreciar en su verdadera dimensión la importancia de ese primer reflejo no meramente retórico, de la revolución cubana en nuestro país.

VII

Es insignificante el material escrito por los integrantes del grupo Utrunco sobre sus intenciones y planteamientos políticos. Los hechos, sin embargo, son también aquí más elocuentes que las palabras. Como ya hemos podido comprobar, los integrantes del grupo intervinieron activamente en la preparación del golpe contra la Shell. Además, en el plano de acciones a desarrollar en Tucumán, figuraba en primer término un ataque a las oficinas de una compañía norteamericana recién instalada en el país. También, la edición de un pequeño volante explicando al pueblo el motivo de este golpe.

La mera enunciación de estos proyectos tiene más importancia que cualquier declaración retórica sobre la voracidad del imperialismo yanqui, y también que las ambiguas declaraciones efectuadas por los militantes a la revista "Mayoría", en el reportaje confuso, donde de-

claraban que luchaban "por el regreso de Perón al poder". Lo importante es que un grupo de revolucionarios sin partido, reflejando el estado de ánimo de la parte más esclarecida de la clase obrera, llega espontáneamente a la conclusión de que la toma del poder y la derrota del imperialismo y la burguesía, puede operarse sólo a través de la organización de la lucha armada.

Creemos haber señalado ya suficientemente que toda colaboración posible entre el grupo armado y el grueso de la clase obrera fue imposibilitada desde el principio por el burocratismo y las vacilaciones de la jerarquía gremial. Veamos ahora los acontecimientos que siguieron al suceso de la comisaría de Frías.

La primera acción armada, su éxito, disiparon dentro del peronismo una lucha sin cuartel. Como ya hemos apuntado, en lugar de consolidar el prestigio de Cooke dentro de la dirección peronista, el suceso de Frías hizo que se volciera contra él la mayoría absoluta de ese organismo. De manera que se detuvo en el acto cualquier intento de apoyar a "Puma" y a los demás jefes de grupos, dispuestos ya a emprender la acción. Los otros frentes de lucha armada contra el gobierno no llegaron a concretarse nunca. La dirección peronista desvirtuó en su momento al grupo de Cooke y abandonó a su suerte a Utrunco y los suyos.

La noticia llegó de inmediato al campamento. Eso significaba, sin más ni más, el peligro de una delación. Se acrecentó entonces la indisciplina, las discusiones de principios y se produjeron las primeras deserciones. A pocos días del ataque exitoso a Frías, el grupo se desintegraba a ojos vistas. Las debilidades del aparato encapado del suministro de víveres quedaron al descubierto. El fantasma de la delación se instaló en el campamento como otro combatiente.

No quedaba ya ni la más remota esperanza de que se abriera un segundo frente ya ni la más remota esperanza de que se abriera un segundo frente en Salta o en Santiago del Estero, y se comenzó a pensar en la conveniencia de retirarse hacia otras zonas, preferiblemente hacia las montañas heladas, que dejaban siempre abierto el camino hacia Bolivia. No podían saber que la dirección peronista no estaba nada tranquila con la imagen de un guerrillero hablando de entregar el poder a los obreros... y que estaba dispuesta a recurrir a cualquier método para librarse de esa imagen y las responsabilidades que ello suponía.

Quien no se desentendió un minuto del asunto fue el Ejército y la Policía Federal. La detención de varios dirigentes peronistas de Tucumán no deja lugar a dudas sobre qué era lo que buscaban. Fue en

esos momentos cuando un grupo de los integrantes de la guerrilla, mantuvo entrevistas con militantes y dirigentes del Partido Comunista de Tucumán. Los contactos duraron poco, porque casi todos los guerrilleros sentían desconfianza hacia los comunistas, y luego de las primeras entrevistas, observaron que esta desconfianza era mutua, y se reflejaba en algunos epítetos que les fueron aplicados: iban desde "aventureros" a "provocadores policiales".

Ninguna ayuda podía esperarse de allí tampoco, y quedaba el solo recurso de aprestarse a resistir o declarar disuelto el grupo y regresar sigilosamente a la ciudad. La falta de disciplina influyó para que el grupo se dividiera entonces entre los partidarios de una u otra actitud, y cada uno obrara como mejor le pareciera. Todo ello, unido a la heterogeneidad humana y política reinante en el campamento, creó un clima de verdadero pánico.

Mucho antes de que la policía ubicara y cercara el campamento de Uturunco, el grupo estaba derrotado. Cientos de agentes policiales rodearon el 10 de enero de 1960 la base guerrillera deteniendo con miles de precauciones a tres militantes, los únicos que quedaban allí, pues dos horas antes el resto había partido hacia Tucumán y tres personas lo habían hecho hacia Bolivia.

La policía encuentra en el lugar el aparato radiotransmisor, un manuscrito con una proclama revolucionaria cuyo texto no reveló a la prensa y una masa de buena harina, lista para hacer horneada.

#### VIII

Termina allí la existencia orgánica del grupo Uturunco. Se atribuyó la jefatura al militante Juan Carlos Díaz que fue condenado por los tribunales militares a varios años de prisión. Una revisión de los procesos dará cuenta a la clase obrera argentina de los graves errores cometidos por este primer grupo guerrillero argentino, pero elevará también sus méritos históricos. Muchos militantes fueron arrestados días después, y la mayoría burgaban hasta hace poco en la cárcel su intento revolucionario, rodeados de la fraselogía de los partidos burgueses y de la izquierda.

La burguesía y el imperialismo, a través de los tribunales militares, demostraron particular saña con estos militantes. Sin duda, los jefes del ejército también son partidarios de que el camino argentino hacia el socialismo se realice de manera pacífica y esté presidido por los buenos modales, el Parlamento y, sobre todo, la improbabilidad.

Junio de 1963.

*Emilio Morales*